

Querido amigo:

Empezamos un año crucial, casi iniciático. No sin un fuerte soplo del Espíritu Santo, Benedicto XVI abre octubre con el Sínodo sobre la Nueva Evangelización y la proclamación del Año de la Fe. Se presenta la figura de San Juan de Ávila como modelo (Doctor de la Iglesia). Han pasado cincuenta años desde el comienzo del Concilio Vaticano II. Israel celebraba cada siete años el Año de Gracia o Año Sabático: descanso de la tierra, condonación de deudas y liberación de esclavos: Ex 21,2-11, Dt 15,1-11. Y cada siete años sabáticos (el cincuenta) la celebración llegaba a su culminación: *Deberéis contar siete semanas de años –siete veces siete años– de manera que el período de las siete semanas de años sume un total de cuarenta y nueve años. Entonces haréis resonar un fuerte toque de trompeta: el día diez del séptimo mes –el día de la Expiación– haréis sonar la trompeta en todo el país. Así santificaréis el quincuagésimo año, y proclamaréis una liberación para todos los habitantes del país. Este año será para vosotros un jubileo: cada uno recobrará su propiedad y regresará a su familia (Lv 25,8-10).* ¿Será el curso 2012-2013 un verdadero Año de Gracia para la Iglesia y para el mundo? Parece que el Señor lo pretende y espera. Espera nuestra recepción y colaboración, nuestra entrega apasionada a esta renovación evangelizadora. Él nos conducirá y nos dará fuerzas.

Si quieres acompañarnos en este Camino Eclesial, te ofrecemos los medios aquí anunciados. *De fe en fe*, como dice San Pablo. Acompañaremos al Señor, que inició su misión declarando un Año de Gracia (Lc 4). Te esperamos.

Un abrazo.

AÑO DE LA FE
CARTA 1ª - "LA FE Y EL SÍNDROME DE DIÓGENES"

Querido amigo:

Al leer el título, seguramente has pensado en esos ancianos y mendigos marginales que viven en un cuchitril lleno de objetos inútiles hasta impedir el paso. No; yo estoy pensando en una persona todavía relativamente joven, acomodada, culta, y con buena calidad de vida, equilibrada. Y, sin embargo...

Mi amigo almacena todo lo que le acontece, sin permitir —al menos así lo intenta— que nada se pierda. Almacena millares de fotografías de todos los rincones que ha visitado; almacena objetos de recuerdo; almacena relaciones sociales gratificantes; almacena experiencias vividas con ansiedad; almacena inversiones económicas... No suelta nada, es un coleccionista obsesivo. Un afectado por el síndrome de Diógenes..., aunque barnizado de elegancia y limpieza.

Y este amigo me ha sugerido algo sobre la fe, porque ésta es incompatible con el síndrome de Diógenes, hoy epidemia. La fe es una Presencia en el corazón, y una presencia requiere espacio, anchura, vacío de cosas. Si el corazón ha sido asaltado por esos "okupas" que son la comodidad, el bienestar, la diversión, la búsqueda de emociones, ¿cómo podrá entrar ese Alguien que llama con delicadeza y amor?

Es cierto que el descubrimiento del Señor (el tesoro escondido, la perla preciosa) empuja a venderlo todo, a vaciar la casa, pero también es verdad que si la vivienda está repleta, atascada, y existe un fuerte apego a lo que la llena, el encuentro será difícil. La fe no es para coleccionistas sino para peregrinos que llevan consigo lo esencial.

Piénsalo. Un abrazo.

AÑO DE LA FE
CARTA 2ª - "¿EMPEQUEÑECE LA FE A QUIEN LA POSEE?"

Querido amigo:

Hay en el corazón humano un deseo innato de realización, y este deseo se identifica con el ascenso social y el crecimiento ante los demás. ¿Impide la fe este crecimiento humano? Da la impresión de que el creyente se humilla ante Dios hasta menguar humanamente en proporción a su fe. En los bellísimos mosaicos de los ábsides de las iglesias bizantinas, es frecuente la representación de los patronos de cada una (emperador y emperatriz, rey y reina) muy pequeños en proporción al Pantocrator, a Jesucristo Rey. ¿Humillados y empequeñecidos?

¿Empequeñece el hecho de creer? ¿Disminuye la calidad humana de quien se entrega a la fe? Si un enfermo, por tomar grandes dosis de cortisona, está hinchado; o si alguien padece obesidad mórbida o gigantismo por una alteración genética, ¿se podría decir con pena que estas personas han disminuido al ser curadas y recuperar su verdadero ser?

Crear es situarse de cara a Dios Padre, en compañía de Jesús por medio de su Espíritu. Eso supone, casi automáticamente, un pinchazo en el globo hinchado de la vanidad. La humildad, base y fundamento de la fe, no es renunciar a la dignidad, ni a los deseos de realización, sino recuperar la medida. Recemos el Salmo 130: *Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros. No pretendo grandezas que superan mi capacidad sino que acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre.* El empequeñecimiento que supone la fe es la recuperación de la propia realidad, falsificada por el endiosamiento del pecado. La fe es la entrada de la verdad en la vida dejando de lado el amor excesivo a la propia imagen o la envidia a los demás.

Un abrazo.

Querido amigo:

El término "obedecer", que procede de las palabras latinas "ob" y "audire", significaba, según esta etimología, escuchar atentamente, dar crédito a lo que alguien me dice... y seguirlo con gusto. De ahí pasó a significar prestar obediencia a una orden. En la persona de Abraham, la escucha atenta y la obediencia a la orden divina se funden para integrar una fe que lo convierte en Padre de los creyentes. El primer mandamiento de Israel (Dt 6,4) empieza precisamente con esa llamada: *Escucha, Israel* (Shemá Israel).

Dios se ha dignado a hablarnos porque nos ama y nos toma en serio como personas libres. La Sagrada Escritura es el testimonio de esa Palabra; la Encarnación es la aparición como humano de la misma. La fe viene por la predicación del Evangelio. Por eso es inseparable de la escucha obediente.

Corremos el peligro de volvernos hiperactivos y sordos. Una especie de autismo espiritual. Imágenes que se almacenan en nuestra retina y se conservan en los ordenadores. Imágenes que suscitan curiosidad, pero que no piden escucha y obediencia. ¿Habéis probado a dar una orden al adolescente o al adulto que está pegado al ordenador? No oye, o mejor, no escucha. No hay peor sordo que el que no quiere oír, y, de modo parecido al profeta Jonás, huimos de la Palabra divina que nos interpela.

Ojalá el Señor nos abra el oído como hizo con aquel sordomudo que nos relata el evangelista Marcos: *Effetá, ábrete*. Sí: ábrete a la Palabra, escucha con el corazón, obedece; en una palabra, ten fe.

Un abrazo.

Querido amigo:

¿Habéis visto esas plantas mustias, con las hojas caídas y sin brillo, lacias? Falta de riego, pobreza de la tierra... Es igual: el resultado es una vida marchita, moribunda, sin fuerza ni belleza.

A veces nuestra fe está en un estado de decadencia muy parecido. Una vaga creencia confusa y superficial; una mar de dudas alimentadas con indecisiones y evasivas; un cumplimiento de los mínimos exigidos; un vivir de espaldas a lo que se cree. Lo que antaño fue un plantío fecundo y hermoso, ahora es un campo agostado y sin agua. Si tuviéramos conciencia de esta debilidad, seguro que gritaríamos con el salmista: *Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo; mi alma tiene sed de ti, mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua* (Salmo 62).

Cada vez estás más lejos de Dios. Todavía vas a Misa algunos domingos; llegas tarde, cuando las lecturas casi han terminado; no te interesa escuchar. No lees el Evangelio, ni meditas, ni oras. ¿Dejarás que muera definitivamente tu fe? Rezamos con Gerardo Diego:

Porque, Señor, yo te he visto/ y quiero volverte a ver/ quiero creer./ Te vi, sí, cuando era niño y en agua me bauticé,/ y, limpio de culpa vieja,/ sin verlos te pude ver./ Quiero creer./ Devuélveme aquellas puras/ transparencias de aire fiel,/ devuélveme aquellas niñas/ de aquellos ojos de ayer./ Quiero creer.

Devuélveme, Señor, mi infancia agraciada y bautizada, mi fe alegre y esperanzada. Quiero creer.

Un abrazo.

Querido amigo:

La fe se pide porque es un milagro, una gracia, un enorme regalo. No basta escuchar la Palabra. Si bastara, la fe no pasaría de ser una instrucción religiosa. Sin embargo, hay personas con buena instrucción religiosa que no creen, y, al contrario, gente sin apenas instrucción, cuyo corazón es intensamente creyente. *Nadie viene a mí si el Padre no lo atrae*, dice Jesús en el capítulo sexto del evangelio de San Juan. La Palabra (Jesús) viene de fuera, y es preciso que, simultáneamente, el Espíritu Santo, desde el interior del corazón, abra los ojos del alma: el milagro del reconocimiento. Del "choque" entre la Palabra divina y el Espíritu Santo, con la anuencia de la libertad personal, surge la llamarada, el fuego intensísimo que ilumina y caldea la vida espiritual, que atrapa a la persona y la saca de sus casillas, de sus intereses y rutinas. Ahora ve claramente el tesoro escondido, la perla preciosa; ahora pagaría con la vida la dicha de creer en Él.

La fe es un milagro de Dios, una visita personal de la Santísima Trinidad al corazón que busca y que desea ser conducido por la gracia divina. Ahora todo cambia: ya no se buscan razones para creer, sino que se indaga y se investiga lo que se cree para gozar de su belleza.

La fe se parece en cierto sentido a la experiencia de una mujer que, de pronto, conoce y siente dentro de sí una vida nueva, un huésped querido y anhelado. Ya nunca vivirá para sí misma, nunca será ella su problema y su preocupación. Es el misterio de la habitación divina: *Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros* (Jn 17,21). El creyente nunca estará solo aunque lo esté. Vivirá en Compañía y pensará y actuará en Compañía. Eso es creer, un verdadero milagro.

Un abrazo.

Querido amigo:

Ya sé que la Carta a los Hebreos (11,1) define la fe como creer lo que no se ve. Y es cierto: la fe es confianza en Alguien que tiene la deferencia de dirigirme su palabra personal. La palabra es el corazón que se hace sonido, comunicación, lenguaje. A través de la palabra nos llega el amor de los demás, y, por ella, también nosotros les manifestamos amor. Si el amor, la presencia de alguien en la profundidad del corazón, fuera evidente, palpable, verificable, el amor sería imposible, dado que su base y su raíz es la entrega en confianza incondicional. Y si esto lo podemos decir de la palabra humana y del corazón humano, ¿no habrá que decirlo de un modo incomparablemente más hondo cuando hablamos de Dios, a quien nadie puede ver ni controlar?

La fe consiste en despojarse de la visión interesada y manipuladora, para poder captar esa Presencia misteriosa que se deja ver en la Encarnación y que desea ser vista, contemplada. Hay dos formas de ver: pensad en una persona pegada a su máquina de fotos, apropiándose de toda clase de objetos para coleccionarlos y evitar que desaparezcan de su memoria; pensad, por otro lado, en ese visitante del museo que se sienta frente al gran cuadro, que hace silencio en su corazón, que contempla hasta que el "alma" del cuadro penetra en él, y la belleza lo embelesa y lo capta. En el primer caso la visión es invasora, apropiadora, destructora del objeto; ese tipo de visión es incompatible con la fe en Dios; incluso más: incompatible con el amor humano. El segundo caso es distinto: no trata de invadir, sino de recibir; no de ver, sino de ser visto. Sí; creer es ver, al escuchar, contemplar, y dejarse ver por Dios. El milagro del ciego de nacimiento de Juan 9, así nos lo muestra.

Un abrazo.

Querido amigo:

El ver de la fe es contemplar al Rostro de Dios en Jesucristo. Ya el piadoso israelita en el Antiguo Testamento clama por ver el Rostro de Dios en numerosos Salmos: *¿Hasta cuándo seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?* (Sal 13,1). También los Salmos 30,7 y 88,14 se quejan de que Dios ha ocultado su rostro y lo interpretan como un rechazo. Por eso hay que buscar ese rostro donde se revela el amor y el sentido: *Oigo en mi corazón: buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, no me escondas tu rostro* (Sal 26,8; 105,4). El orante suplica que Dios haga resplandecer su rostro sobre él, pues eso será su salvación (Sal 67,1; 80,19). Con verdadero deseo, como la cierva que va a la fuente a beber, él mismo se pregunta: *¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?* (42,3). En Jesucristo, ese rostro se ha hecho humano, cercano, fraterno: su mirada hace ver al ciego, en quien brota una fe confiada, cierta, amorosa.

La fe no es simple creencia: es ver el rostro de Dios, identificarlo, mirarlo cara a cara, leer en sus ojos la misericordia y el perdón. El rostro es la identidad visual de la persona; el cara a cara es imprescindible en una relación personal. Y Dios se ha dignado a mirarnos y a dejarse ver. La fe es un acto de valor, una osadía que Dios promueve en su criatura más querida: invocarlo por su nombre, mirarlo cara a cara y atreverse a plantear no tanto las grandes preguntas como esas pequeñas que son claves para nuestro vivir diario. Te invito a rezar el himno de vísperas que empieza así: *Libra mis ojos de la muerte; dales la luz que es su destino. Yo, como el ciego del camino, pido un milagro para verte.*

Un abrazo.

Querido amigo:

Si la fe es presencia aceptada de Dios en el corazón, si es la relación más honda que al hombre se le ofrece, parece lógico pensar que no es algo congelado, inerte, sino un camino de crecimiento, de profundización, de desarrollo. La relación que es la fe, conforme se ejercita, va siendo más íntima, más amistosa. Y, sobre todo, va penetrando en las diversas dimensiones de la vida: en la inteligencia, en los afectos, en la voluntad, en la sensibilidad. La inteligencia se abre paulatinamente al Misterio, ve todo bajo la mirada de un Dios amoroso, se rinde al amor y se abre a toda realidad con humildad y objetividad. Los afectos se centran en la Persona creída, en nuestro Señor Jesucristo, al que se hace centro de la vida afectiva; todos los amores se injertan en Él y de Él se alimentan. La voluntad, esa capacidad para elegir y decidirse, deja de estar dispersa, de tejer y destejer, de tomar decisiones y abandonarlas; es una voluntad para la que solo Dios basta y, por tanto, elige en coherencia con esa raíz. Y hasta los sentidos se van afinando, superando la sensualidad, la concupiscencia.

La fe hace crecer y crece al mismo tiempo. También las edades y las crisis son invitaciones a ello. El paso de la infancia a la adolescencia, de una fe ingenua a una fe que se atreve a interrogar al mismo Dios, igual que Jacob luchó toda la noche con el Ángel. De la adolescencia a la juventud, pasando de las preguntas teóricas a la aplicación práctica de la fe a los problemas de la vida adulta. No digamos en la madurez de la vida, cuando la carga de responsabilidad es agobiante y se tiene la tentación de olvidar a Dios. Finalmente, la vejez como fe más allá de la vida ya casi vivida; ahí la fe se funde con una esperanza contra toda esperanza desde el amor a Dios probado. Que tu fe no se estanque, que crezca y camine con el Señor.

Un abrazo.

Querido amigo:

En la carta anterior te hablé de la fe como un camino hacia la plenitud de esa misma fe. He de añadir algo esencial: ese camino no se puede hacer en solitario; de ningún modo. ¿Cómo se podría hacer si la fe misma es una presencia y una compañía? Creer es caminar con el Señor, o sea, seguirlo, como dice continuamente el Evangelio. Seguirlo para escucharlo; escucharlo para verlo; tenerlo ante los ojos permanentemente. La fe no es algo "mío" sino la huella que en mí deja la compañía de nuestro Señor, su presencia añorada y querida por encima de todo.

No quiero que interpretes lo anterior como algo etéreo, impalpable, inmaterial. Jesús ha prometido estar con los suyos todos los días hasta el fin del mundo, y esta promesa la cumple no solo dando el Espíritu para que habite en nuestro interior y ahí ore al Padre y nos inspire la oración, sino también visitándonos corporal y misteriosamente mediante el sacramento de la Eucaristía: *Tomad y comed porque esto es mi Cuerpo...*

La Eucaristía es el *viático*, o sea, el Pan para el Camino. En *El Señor de los Anillos*, Tolkien, un católico fiel y practicante, seguramente se inspira en este sacramento que recibía diariamente, cuando pone en manos de los pequeños protagonistas un pan que alimenta y anima en aquel camino desesperado y mortal, las *lembas*. Él sabía muy bien, por experiencia personal, lo que la Eucaristía supone en los avatares de la vida. Déjate acompañar por el Señor, no descuides nunca el Pan del Camino.

Un abrazo.

Querido amigo:

Cuando una cultura es profunda y seria, las opiniones personales sobre temas importantes se suelen expresar con prudencia, y, muchas veces, se callan. Cuando la cultura se degrada y se convierte en un barniz, en una laca superficial impregnada por revistas del corazón, por tertulias frívolas, por famosos que hacen declaraciones "ex cátedra", todo el mundo habla de todo y se permite opinar incluso de lo que no conoce ni entiende. La opinión, en muchas ocasiones, no es más que el espejo subjetivo de esa "opinión pública" fabricada por medios de comunicación y grupos de presión.

Pues bien, la fe no es una opinión subjetiva, mudable; es un asentamiento de la persona en Jesucristo, en el Cristo real del Evangelio que hemos recibido de manos de la Iglesia apostólica. Por una opinión no se muere —¡y, además, perdonando!—, no se entrega incondicionalmente la vida. El amor que alimenta la fe empuja a conocer de verdad, a estar bien informado de aquello en lo que se cree. La opinión expresa lo que nos parece que es algo, y, en el fondo, lo que deseamos que sea; se adapta muy bien a nuestro estado de ánimo, a nuestras pretensiones. La fe, sin embargo, se enfrenta a la subjetividad, a los estados de ánimo, a los intereses personales. La opinión es prefabricada, la fe es dada.

No examines qué opinas sobre el Señor, sobre la Iglesia. Pregúntate: *¿Creo? ¿Ha penetrado en mi corazón su presencia hasta el punto de no poder negarla aunque quiera, aunque me moleste, aunque me lleve a donde no quiero ir?* En tu bautismo fue la pregunta principal dirigida a tus padres y padrinos. Hoy es la pregunta que Jesús te dirige: *¿Quién opina la gente que soy yo? Y vosotros, ¿quién decís que soy?* Un abrazo.

Querido amigo:

La fe es la conciencia cierta de una relación personal con Jesucristo. Engloba a toda la persona, sus afectos, intereses... Pero, de modo muy especial, toca la inteligencia del ser humano, su capacidad de comprender la realidad en la que está inmerso. Una fe que fuera pura emoción o sentimiento o decisión no sería fe humana, no sería fe libre. Cuando se abre a la fe, la inteligencia se pregunta: ¿qué creo realmente? ¿Cómo puedo expresarlo de modo que me entiendan también los que no creen y puedan acceder a la fe?

Los cristianos, desde el comienzo, supieron expresar, con ayuda del Espíritu Santo, lo que creían: Jesús es el Señor, Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos. En I Co 15, las primeras líneas constituyen un pequeño credo, o sea, una fórmula de fe que compartían y recitaban los cristianos. Una dimensión imprescindible de la fe es lo que creemos, las verdades que están en nuestra fe. De otro modo, la fe sería irracional. Ya San Pablo en la Carta a los Gálatas (año 56) escribe: Pero si yo mismo o un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto del que yo os he anunciado, ¡que sea anatema! (Gal 1,8). Y el mismo Pablo encomienda la defensa del contenido de la fe a su discípulo Timoteo: Querido Timoteo, conserva el Depósito que te ha sido confiado (ITm 6,20).

La pregunta indispensable: ¿sabes lo que crees? ¿Estás informado del contenido de tu fe? ¿Procuras formarte en esta materia como algo que atañe a tu salvación temporal y eterna? Si no es así, no digas que tienes fe. O, al menos, reconoce que es endeble y asténica.

Un abrazo.

AÑO DE LA FE
CARTA 12ª - "CONFESARLAS EN Y DESDE LA IGLESIA"

Querido amigo:

Pero, ¿basta creer íntimamente esas verdades que la fe exige? Dice Pablo: *Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo* (Romanos 10:9). No basta creer en el interior del corazón. Es preciso "confesar con la boca". El cristianismo es una religión de testigos que han visto y oído, y no tienen otro remedio que gritarlo: *¡Ay de mí si no evangelizare!* (1 Co 9, 16). Pablo no puede vivir sin evangelizar. El Credo exterioriza la fe y la publica.

Y es la fe compartida por todos, ya que, al recitarla en comunión, somos constituidos Iglesia, Cuerpo del Señor. *Unus christianus, nullus christianus*, dice el obispo mártir San Cipriano. Nos une el Cuerpo del Señor, su Palabra, pero eso se expresa en la proclamación unitaria de la misma fe con los mismos términos: *Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador...* Es la fe de la Iglesia; la fe que me ha sido entregada como un tesoro en el bautismo y que se renueva en cada Eucaristía; la fe que predico y atestiguo con la palabra y con la vida.

Ya ves que la fe no se construye *al gusto del consumidor*. El Año de la Fe nos invita a buscar modos de hacerla comprensible al hombre de hoy; pero nunca a costa de callar las afirmaciones esenciales, los acontecimientos fundantes, el Depósito Apostólico, en una palabra. Eso sería hacer de la fe una mercancía adulterada; venderíamos al Señor, como hizo Judas, por las treinta monedas de ser aceptados por esta cultura y por estos poderes. *Non possumus*, no podemos, como tantas veces los Papas del segundo milenio cristiano han respondido a los poderosos que pretendían secuestrar a la Iglesia.

Un abrazo.

Querido amigo:

Toda palabra tiene dos dimensiones: lo que significa objetivamente ("denotación") y lo que evoca o sugiere afectivamente ("connotación"). Las palabras que expresan la fe participan de ambas dimensiones: tienen un significado objetivo, serio, no equívoco; pretenden decir la verdad cristiana; no son expresión poética o metafórica. Pero, por otro lado, son palabras que transmiten todo el amor que notifican; palabras ofrecidas desde el amor y con amor; palabras nunca impuestas por la fuerza, sea física o moral. Solamente si se unen ambas dimensiones, serán dignas de expresar la fe y, al expresarla, la robustecerán, la harán más honda y personal.

Aquí se muestra la unión interna, íntima, que existe entre fe y caridad. ¿Se puede creer para afirmar la propia identidad contra los que no creen? No; se cree ofreciendo amorosamente la fe, comunicando la Buena Noticia, el Evangelio. ¿Con qué tono dirá el pregonero una noticia alegre (¡ha tocado *el gordo de Navidad* en este pueblo!)? ¿Lo dirá con gesto hosco, malhumorado? ¿Lo pregonará como pregonan las defunciones y entierros? Por supuesto que no. El Evangelio es Buena Noticia, la mejor de las noticias: Dios ha venido por amor, ha muerto por amor, ha resucitado por amor. La fe es la acogida de esta Gran Noticia. Consecuencia: la fe es alegría y su traducción a palabras no puede hacerse si no es con amor, con delicadeza, con alegría.

Alégrate, María, dice el Ángel a la Virgen en la Anunciación. Alégrate, amigo. Tu fe no es un peso; es una liberación. Vívelo así y saldrá de tu corazón un credo vibrante, gozoso, alegre. Será la base de tu acción evangelizadora.

Un abrazo.

Querido amigo:

No se cree en un dios desconocido, como dice Pablo a los atenienses. Sabemos en quién creemos porque quienes vieron y oyeron nos lo comunicaron para que creyéramos y recibiéramos la vida. Creemos en Jesús de Nazaret y lo confesamos como Verbo eterno del Padre, nacido de María virgen, crucificado bajo el gobierno de Pilato, resucitado por el Espíritu y glorificado a la derecha del Padre. En Él se ha revelado la misericordia de Dios de un modo personal y definitivo. Él es el Amén de Dios, el principio y el final, el alfa y la omega. Creer en Jesús no es solamente opinar que es el hombre más importante de la Historia. Creer en Él es re-conocerlo, abrir el corazón a su misterio íntimo y verse sorprendidos y atrapados por una Presencia que rompe nuestro horizonte personal, altera nuestros proyectos, cambia la vida, en una palabra.

No se cree en Jesús sin pasar por el *desconcierto* (Pablo cegado por la luz tras su conversión), sin experimentar el miedo ante la Santidad divina (Pedro tras el milagro de la pesca milagrosa pidiéndole que se alejara pues le hacía sentirse de verdad pecador). Luego, la alegría de la amistad: *Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí. O, todo lo considero basura comparado con el conocimiento de Cristo Jesús.* Jesús quema como una brasa, electriza como un cable de alta tensión. La fe es la pasión por Jesús que se abre paso en el alma, en lo más interior de nuestro interior, hasta ser una *casi alma*: la que inspira nuestros pensamientos, la que nos hace ver con la mirada misericordiosa de Dios, la que dirige nuestros deseos. La fe es fuego que nos hace vibrar, que nos saca de nuestras casillas, que nos empuja al testimonio, incluso al martirio.

Que te dejes quemar, que creas. Un abrazo.

Querido amigo:

Como te decía en carta anterior, no basta conocer a Jesús. Es preciso re-conocerlo en su intimidad más íntima. ¿Se logra esto a base de voluntad? Imposible. No se puede penetrar en la intimidad de una Persona divina, aunque esta se encarne como humana. La fe va mucho más allá de las fuerzas humanas. Esto es lo que llamamos *sobrenaturalidad* de la fe. A la fe se accede gracias a una doble y unitaria mediación: el Verbo divino se encarna y viene a nosotros como un humano más; la Palabra divina se hace palabra humana, asequible, razonable. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, en una acción *sincronizada* con lo anterior, pone en el corazón una *empatía*, un *pre-sentimiento*, que cuando choca con la Palabra la reconoce entusiasmada: ¡eureka! ¡Lo encontré!

La fe es el gran regalo que nos abre a la amistad personal con Dios. Seguro que piensas: Dios es injusto, ya que a unos les da fe y a otros no. ¿Cómo luego nos exige creer (*El que crea y se bautice se salvará, el que no crea se condenará*)? Piensa dos cosas: primero, que para recibir ese gran regalo es imprescindible la colaboración de la libertad humana; el hombre puede decir "no", no quiero tu amistad porque tengo otros intereses. Es regalo pero no imposición. Segundo, que, antes o después, con la claridad total o por medio de aproximaciones o símbolos, Dios ofrecerá a todo y a cada hombre la posibilidad de creer. El peregrino que muere antes de llegar a Santiago ya ha llegado a Santiago en la mente de Dios. Y, en el momento de la muerte, pueden darse en el alma iluminaciones y afectos que antes estaban sembrados y pregustados.

Un abrazo.

Querido amigo:

Si la fe es gratuita en el sentido que te explicaba en la carta anterior, entenderás perfectamente y verás lógica su conexión íntima con la oración. El regalo se da en el seno de una conversación entre Dios y el hombre, conversación que es, precisamente, la oración. La oración es la fe en acto, en acción; la fe es el fondo y el efecto de toda oración. Orar es creer activamente; creer es permanecer en el seno de Dios, mediante Jesucristo y en la unidad del Espíritu Santo. El creyente es siempre un orante, una libertad vuelta hacia Dios en humilde escucha y en obediente respuesta.

En el fondo del alma, como te decía, el Espíritu Santo gime y grita con llamadas inexpresables. Si la libertad se abre a esa gracia, la oración silenciosa del Espíritu invade la palabra del sujeto y se convierte en oración. Ese es el clima donde acontece la fe. Aparentemente es el resultado de una búsqueda y una petición por parte del hombre; digo "aparentemente" para expresar que esa búsqueda y esa petición están precedidas por el grito interior del Espíritu, si bien son reales, libres, queridas. Gracia y libertad, empatía insertada y deseo personal. La fe es un encuentro de la Santísima Trinidad en lo más interior de la persona humana, que acoge a Los Tres visitantes como Abraham los acogió en su tienda: *Estoy llamando a tu puerta. Si abres, entraré y cenaremos juntos*, dice el Señor en el Apocalipsis.

No te encierres en ti mismo. Descansa a la puerta de tu tienda y recibe a los Huéspedes que vienen a bendecir tu vida. Mata tu mejor cordero y ofrécelo. Te dejarán como obsequio la alegría de creer y serás un nuevo Isaac, el risueño hijo de la gracia.

Un abrazo.

Querido amigo:

Abraham salió de su tierra obedeciendo a Dios; abandonó su mundo, su parentela, sus raíces, y se convirtió en un nómada trashumante, si bien, en el fondo, era el peregrino. Buscaba una tierra nueva apoyado en una promesa divina. Israel salió de Egipto para volver a esa tierra a pesar del terrible desierto que había de atravesar. Salieron: la fe es un éxodo, una salida de sí mismo, de las seguridades de nuestro ambiente, de nuestras amistades, de nuestros proyectos. La fe es el bagaje fundamental del verdadero peregrino, porque creer es pregonar un futuro aún no visible y dejarse mover por él. El peregrino no es un simple vagante o transeúnte; esas personas que han perdido la ilusión, han roto con los suyos, quizá hasta han olvidado su identidad, y andan de pueblo en pueblo sin parar en ninguno y sin ir a ninguna parte. Eso no es éxodo sino erradicación. Las guerras, las hambrunas, las rupturas familiares, la desesperanza producen una salida que no es salida sino huida.

La fe es estar ya con el alma en el lugar a donde todavía no se ha llegado pero se tiene la seguridad y la ilusión de llegar. Nada se pone por delante. Se superan los cansancios y las llagas del camino. Se rectifican los errores y se recupera la buena dirección. Se quiere llegar porque, en el fondo, se ha llegado, se está. No se anda a tontas y a locas; se sabe lo que se busca, se conoce la dirección, se anda con decisión. La fe te incorpora a un Pueblo en éxodo, a un pueblo que, como dice Hebreos, ha salido fuera de la Ciudad acompañando a Jesucristo para entrar en la Jerusalén celestial. Allí nos encontramos, amigo.

Un abrazo.

Querido amigo:

Vengo insistiendo, en más de una carta, en la radicación de la fe en lo más hondo del corazón, del alma. Es la percepción y el hospedaje libre ofrecido al Señor que viene. También he aludido al aspecto comunitario o eclesial de la misma, sobre el que volveremos muy pronto. Pero hoy deseo hablarte de una dimensión imprescindible: la operatividad de la fe, su necesaria coherencia con la vida. Decir que es radical no es lo mismo que reducirla a algo solamente interior, a un sentimiento. Eso no es radicalidad. Cuando algo nos llega a las raíces, no se encapsula o se envuelve en un capullo de seda. Toca la raíz y, lógicamente, termina alterando toda la vida, de dentro afuera. Así que comprenderás que no es posible la fe sin que se traduzca en modo de vivir y de obrar acorde con lo que se cree y se confiesa. No es posible; más aún: me atrevo a decir que sería pernicioso, destructivo de la persona. Crearía una duplicidad, una bipolaridad vital que llevaría a un callejón sin salida.

La fe, enraizada en el corazón, va creando un estilo de vida, un modo de presentarse, de comportarse, de obrar. *Todo me es lícito pero no todo va conmigo*, asevera San Pablo. La fe crea estilo, y el estilo es la armonía vital, la unidad de vida, la coherencia. Estilo es tener un perfil que no es compatible con cualquier cosa: la persona elegante no se cuelga arillos ni se rasga los vaqueros, y, al revés, el "cutre" no cuida la raya de los pantalones. La fe es incompatible con una vida de pecado. Es coherente con el amor operativo a Dios y al prójimo.

Un abrazo.

Querido amigo:

Obras son amores y no buenas razones, dice un antiguo refrán. O *De buenas intenciones está el infierno lleno*, proclama otro. La fe, separada del obrar cotidiano, termina siendo una entelequia, una fantasía. Nada más.

Y es que la fe es fe en el amor de Dios, en su misericordia; acogida de su presencia que obra en nosotros el bien. Es, pues, el umbral de la caridad. Fe en la caridad, fe inseparable de la caridad practicada y ejercida. Y la caridad empieza aceptando el límite que Dios nos pone para evitar nuestra autodestrucción: hay que **adorarlo** para no terminar creyendo que nosotros somos Dios; hay que agradecer a los **padres** la vida que nos han transmitido y respetar la herencia moral que nos ofrecen; es preciso amar **la vida** y purificarse de agresividad y violencia; respetar **el cuerpo** propio y ajeno y no utilizarlo para el placer infecundo, es un mandato que nos defiende de nuestra sensualidad; **trabajar** para no comer de balde y compartir los bienes, en vez de sustraerlos a otros, guarda la fraternidad. Resulta de primera importancia dominar **la lengua** y no utilizarla contra los demás, bendecir (*bene-dicere*) y no maldecir (*male-dicere*); hay que madurar en ese mundo interior de **deseos** inmoderados si queremos crecer en salud espiritual... ¿Diez mandamientos? Sí, diez enseñanzas del Padre.

Amar a Dios sobre todas las cosas, amar su Palabra, obedecer sus sugerencias, conduce a amar a los que nos rodean con el mismo cariño con que nos amamos a nosotros, buscando su bien espiritual y material. Ese es el estilo de la persona que accede a la fe. Con la ayuda del Señor se va consiguiendo y la lucha nos da paz, felicidad.

Un abrazo.

Querido amigo:

Cuando la fe se expresa en la confesión o credo, y se pone en práctica mediante las obras del amor que generan un estilo o modo de vivir original, la vida entera del creyente se convierte en un testimonio de Jesucristo muerto y resucitado. El creyente, en la medida que lo es, actúa como testigo de la Defensa de Jesucristo ante el tribunal del mundo. El Espíritu Santo es llamado por Juan "Parakletos", que, normalmente, se traduce por abogado. Este evangelista percibe que el juicio de Jesús no terminó con su condena por parte de los hombres y su glorificación por parte de Dios. Es un juicio abierto: todos los hombres, todas las culturas, todas las religiones, tienen que dar su veredicto: ¿es Jesucristo digno de fe? ¿Es el Inocente que carga con las culpas del mundo? Si Dios se ha hecho presente humanamente por su presencia, ¿es Dios de verdad misericordioso? ¿Por qué consiente las hambrunas, las catástrofes naturales, las injusticias, la muerte de los niños? ¿Es Dios inocente del mal en el mundo? ¿Lo es Jesús como Verbo encarnado?

El Fiscal, el Demonio, domina a los poderes que juzgan a Dios, los ha comprado con la riqueza, la fama, el poder. Y llama a sus testigos para mostrar que Jesús mintió, que su obra (la Iglesia) es un gran engaño. El Espíritu Santo llama a los suyos, a nosotros, que hemos de atestiguar con nuestra vida (¡hasta el martirio!) la santidad, la inocencia, la misericordia del Padre, hasta entregar a su Hijo y resucitarlo por el Espíritu. El creyente sabe muy bien de qué parte está, y sabe a lo que se arriesga. Sólo la fe lo sostiene, y no teme ser expulsado de las sinagogas del mundo, quedarse sin amigos, ser condenado como cómplice del Reo Jesús de Nazaret. Eso es creer.

Un abrazo.

Querido amigo:

La fe es creer en Jesucristo, cierto. Pero —ya lo advertimos— no en una imagen del mismo fabricada por nuestra mente y nuestros deseos; tampoco en un aspecto aislado y dulce de su vida y ministerio. Es creer en Jesucristo total, asumiendo la cumbre de su entrega real e histórica: la Cruz. Hay muchos que adulteran la fe censurando este momento definitivo al que iba orientada toda su vida. Elaboran una imagen de Cristo como el hombre bueno, el profeta de la justicia, el sanador. Olvidan que todo eso se derivó de un amor que llegó a la entrega voluntaria y sacrificial de la vida en la Cruz. Es el centro y el fundamento de la predicación de San Pablo: *Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos (1 Co 1,22-24).*

La fe es fe de verdad cuando la cruz del Señor se clava en el alma y la hace sangrar de amor y de gratitud. Entonces resuena la palabra de Jesús: *El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga (Mc 8,34).* La fe identifica con Jesús crucificado, como expresa Pablo con pasión: *Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gal 2,19-20).* Esto confirma que la fe no es mera creencia o credulidad: es compromiso personal, compañía entrañable. *Yo soy el camino, la verdad y la vida:* y el discípulo hace de Jesús su camino y camina con Él hasta llegar a la entrega de la vida.

Mira al Crucificado, contempla todo el amor y la misericordia que manan de su costado; deja que la cruz traspase tu corazón. Creerás.

Un abrazo.

Querido amigo:

Perdona que insista: creer es ver. Santo Tomás nos enseñó que la fe es el inicio de la visión beatífica, o sea, del modo de ver a Dios propio de los santos ya resucitados. Me referí, en una carta anterior, a la dimensión simbólica de las curaciones de la ceguera que aparecen en el Evangelio, especialmente los casos de Marcos 10 (Bar-Timeo) y Juan 9.

Quien como Adán, Eva, Caín se oculta en la oscuridad de la selva para no ser visto por Dios, deja de ver a Dios, es cegado por esa misma oscuridad. La tiniebla se cierra a la Luz. Cuando nos ocultamos tras unas gafas negras, impedimos que nos vean la mirada, pero tampoco nosotros vemos. La fe arranca de una exposición al Sol que es Jesucristo; nos dejamos ver, llamamos su atención para que nos cure. Y, entonces, la Luz pasa, ilumina las tinieblas y nos hace ver.

¿Ver qué? En primer lugar, ver a Dios en Jesucristo. Contemplar su gloria en la humillación y en la cruz. Ver a Dios abajado ante el hombre, contemplar su amor infinito, su ternura y misericordia. Ver a Dios desde dentro, como Dios se ve a sí mismo: desde Jesucristo. Ver el misterio de amor que constituye a las Personas divinas.

Quien ve a Dios, se ve a sí mismo a la luz de la fe. Se ve en verdad, pero también en esperanza. Ante el foco potentísimo del Amor, ve sus pecados y manchas con toda nitidez, pero, al tiempo, ve la mirada de misericordia; siente el perdón y el deseo de santidad. Y, cuando uno se ve a la luz de la fe, ve a los demás como hijos del mismo Padre, ve el corazón, antes que el físico o el rol o los bienes.

Un abrazo.

Querido amigo:

Seguimos con el tema de la carta anterior. Quien ve a Dios se ve en Él, con toda la verdad, pero con una verdad que no es fría, de hielo. Se ve en la verdad del Amor: *Apártate de mí, que soy un pecador*, dice Pedro a Jesús en aquella pesca milagrosa. Pedro ha visto a Jesús y se ha visto a sí mismo en el mismo acto de fe. Ha visto su miseria, pero bajo la mirada de amor de Jesús que lo consuela, y bajo su palabra que le muestra un horizonte nuevo, un horizonte que su ser de pecador no podrá impedir: *Serás pescador de hombres*.

Qué difícil es verse a sí mismo fuera del ámbito de la fe. En el fondo, uno se mira en su propio espejo, espejo interesado y deformante. Los psicoanálisis, las introspecciones, las búsquedas del "verdadero" yo terminan creando una imagen ficticia, fabricada con recuerdos y sentimientos dispares; terminan engañando al sujeto. Por otro lado, si esa imagen recibida capta los rasgos más positivos (los valores), el narcisismo y el endiosamiento invaden el alma. Pero si la imagen de ese espejo engañoso resulta negativa (culpas, miserias) empuja a la disculpa e inculpación de los otros, o a la desesperanza y al odio a sí mismo.

Sólo en Dios podemos contemplar nuestra verdad verdadera a la luz de su gloria y de su misericordia. Vistos en Él, la propia bondad contemplada empuja a una acción de gracias hacia su autor; la maldad y el pecado, al arrepentimiento confiado y también a la acción de gracias por el perdón: *¡Oh feliz culpa que ha merecido este Redentor!*

Un abrazo.

Querido amigo:

“...Véante mis ojos, dulce Jesús bueno; véante mis ojos, muérame yo luego”, dice un entrañable poema de Santa Teresa de Jesús. Pero no es del todo exacto ese “luego”, porque ver al Señor es morir ya a la vida anterior. En el Antiguo Testamento se repite el terror a ver el rostro de Dios, pues ello supone morir: ante la zarza ardiente, en el capítulo tercero del Éxodo, Moisés se cubrió el rostro, porque tenía miedo de mirar a Dios. Y el mismo Dios le dice: *No podrás ver mi rostro, porque nadie puede verme y seguir viviendo*. Igualmente, Jacob, en el pasaje de la lucha contra el Ángel exclama: *¡He visto a Dios, y sin embargo no he muerto!... (Gn 32,31)*. Ver a Dios es morir, pero morir a lo que no es Dios, a la vida que no es vida sino muerte. O sea: ¡es empezar a vivir!

Crear y morir-se: crear es descentrarse de sí mismo, del *amor propio*, del amor a sí mismo por encima de todo. Ese “amor propio” es la tendencia de la criatura cuando desenfoca la mirada y deja de vivir ante el rostro de Dios. Se mira en su espejo y sólo se ve a sí mismo. Entonces el instinto de conservación se convierte en pasión por el propio yo. El amor se hace imposible. Para amar hay que *morir-se*, quiero decir, aceptar la muerte del amor propio sin imposición externa ni interna. De lo contrario es imposible amar a nadie; en todo caso se podrá querer con codicia interesada, en tanto en cuanto la persona que es objeto de ese querer me enriquece o conviene.

Pues el primer paso es creer... y morir-se: “...Véante mis ojos, dulce Jesús bueno; véante mis ojos, muérame yo luego”.

Un abrazo.

Querido amigo:

El saludo de Isabel a María, narrado por Lucas en el relato de la infancia del Señor, nos muestra un rasgo fundamental de la fe: *Dichosa tú porque has creído*. Es la primera bienaventuranza lucana y con toda razón. Isabel, que sabe la bendición de Dios que ha descendido sobre María (*bendecida entre todas las mujeres*) con toda razón la proclama dichosa, feliz. Pero lo más llamativo es que la alaba y felicita por su fe: es dichosa **porque** ha creído la palabra del Ángel, la Palabra de Dios. Nos recuerda la corrección que Jesús hizo a aquella mujer que alabó públicamente a su madre (*¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron! -Pero más dichoso el que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica*). La alegría de María se desborda y canta un himno que recuerda al de la otra María, la hermana de Moisés, cuando pasaron el mar mientras sus perseguidores egipcios se ahogaban: *Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador*.

Si la fe es el efecto del encuentro con el Señor, el resultado de ser visto por Él y de ver su rostro; si la fe es morir-se de felicidad ante la nueva realidad que se nos ofrece, ¿cómo no va a generar alegría? Sí, la mayor alegría que se puede pensar; la alegría de quienes, tras arduos y penosos caminos, encontraron la Compañía que da sentido al sinsentido de la vida. ¿Cómo van a ayunar los amigos del Esposo mientras el Esposo está con ellos?, dice Jesús a los fariseos que les reprochaban su falta de ayuno (Mc 2,19). Creer es llegar a la meta soñada, antes de llegar; gustar de la felicidad cuando aún estamos en camino. La fe es fuente de alegría. Que no nos la quiten.

Un abrazo.

Querido amigo:

La fe **no es solamente ni en primer término** un asentimiento a un conjunto de verdades que se presentan al entendimiento como garantizadas por el mismo Dios. En primer lugar y, sobre todo, es la relación personal con Jesucristo. Encuentro personal, confianza, amistad. Esta dimensión se denomina en teología "*credere Deo*", que quiere decir "creer a Dios", confiar en Él. Pero no es menos cierto que, de modo subordinado, la confianza personal está vinculada a un conocimiento de lo que creemos. O sea: ¿qué creemos respecto a Dios para poder creer en Él? En ese lenguaje clásico que se expresa con escuetas fórmulas latinas, esta dimensión se denomina "*credere Deum*", creer que Dios existe, que se ha manifestado en Jesucristo. O sea, **lo que creemos** de ese Dios en quien confiamos.

Esta última dimensión está subordinada a la primera, a la relación personal, pero no se puede prescindir de ella porque, entonces, la fe sería un sentimiento irracional del que no se podría dar cuenta a otras personas. Se podría decir: *yo siento a Dios en mi corazón...*, pero no se podría explicar ni quién es ese Dios, ni qué espera de nosotros. Y ese Dios nos ha creado en su Verbo o Palabra, nos ha configurado como seres inteligentes, nos pide que pensemos y expliquemos nuestras emociones para que dejen de ser irracionales y se conviertan en verdaderos sentimientos humanos.

Así pues, la fe tiene un contenido inteligente y exige al creyente saber **lo que cree** para creer razonablemente en Quien cree por gracia y por amor. ¿Conoces el contenido de tu fe? La Iglesia ha hecho un gran esfuerzo para explicarlo: el Catecismo, su resumen o Compendio del Catecismo, el Youcat de la JMJ. Infórmate: te va en ello la fe.

Un abrazo.

Querido amigo:

En primer lugar, me gustaría avisarte de algunas falsas ideas sobre la esperanza. La esperanza no es un estado de ánimo por el que un sujeto pasa momentánea o prolongadamente. Por ejemplo: no confundas nunca el *optimismo* con la esperanza. Uno, por perfil psico-biológico, puede ser lo que ahora llaman una "persona positiva", que tiende a ver la botella medio llena. Cuando somos jóvenes y gozamos de buena salud, cuando las cosas nos van bien y nos sentimos queridos y triunfadores, es fácil ver "el lado bueno" de la vida. ¡Pero eso no es la esperanza teologal! Y al contrario: no es lo mismo el *pesimismo* que la falta de esperanza. El pesimismo es, como el optimismo, un estado de ánimo transitorio o permanente, pero estado de ánimo. Depende de muchos factores: hormonas, cansancio vital, desamparo y fracaso, carácter, educación, etc. Incluso puede estar originado por una enfermedad: depresión, por ejemplo.

La esperanza no se identifica con el estado de ánimo, optimista o pesimista, porque se basa y se sustenta en la fe; más allá de lo psicológico o de lo biológico. Las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) nos liberan de la opresión de los estados de ánimo absorbentes: **¡Yo no soy mi estado de ánimo!** Me encuentre como me encuentre en un momento determinado, me sienta como me sienta, yo sé de Quién me he fiado y espero encontrarme definitivamente con Él en la alegría de mi triunfo dentro de su triunfo. No procede del cálculo ni de las previsiones: llenaré mis graneros y viviré tranquilo, invertiré en valores seguros y aseguraré mi vejez, practicaré los ejercicios físicos y cuidaré mi alimentación para llegar a los años finales con salud. Esto es un sucedáneo que genera falsa esperanza. Te lo sigo contando en la próxima.

Un abrazo.

Querido amigo:

Como te decía en la anterior, la esperanza no consiste en “ver la botella medio llena”, ni la falta de esperanza en verla “medio vacía”. En realidad, la verdadera esperanza consiste en confiar en el Bodeguero capaz de convertir el agua en vino, aunque la botella esté vacía. Esto va más allá de los estados de ánimo psicológicos, puesto que no es una forma de mirar la realidad sino de relacionarse con Dios.

La Carta a los Hebreos se escribió en un momento muy difícil para los cristianos. Apela a una fe más profunda, fe que define en el capítulo II como «sustancia de lo que se espera y prueba de lo que no se ve». Sustancia: algo así como fundamento, germen adelantado. O sea, la realidad esperada, futura, es poseída sustancialmente y ello constituye la prueba de lo que no se puede verificar o ver todavía. La fe es, pues, el adelanto que permite esperar. **Ya** está el Señor presente, **ya** vemos su Reino en los signos presentes, **ya** experimentamos el cambio interior: **¡Ya!**

Así comprendemos mejor la fe como sustancia de la esperanza verdadera, como certeza del encuentro definitivo con Dios en el Reino.

Cuando caen y se hacen imposibles las esperanzas e ilusiones humanas, la fe espera contra toda esperanza. Cuando la fe invade el corazón, robustece las verdaderas esperanzas humanas porque nos da fuerzas para luchar sin tener en cuenta los resultados inmediatos. Un mundo sin fe termina siendo un mundo sin esperanzas, cuando va viendo cómo éstas, los proyectos humanos, fracasan o decaen o se pierden. Seguiremos.

Un abrazo.

Querido amigo:

Hubo un día en que explotó la fe con toda su intensidad, con toda su fuerza y dinamismo: el día en que los discípulos vieron al Resucitado. Aquella certeza fue el fundamento, la sustancia de la fe, sustancia transmitida mediante el testimonio de vida hasta el martirio. Creemos que Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos. La fe, desde entonces, ha roto la frontera de la muerte: *¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?* (1 Corintios 15:55-57), exclama San Pablo. Basado en esa fe, se atreve a pronunciar palabras que, en otro caso, serían presuntuosas y vanas: *Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.* (Rm 38).

La muerte ya no aparece como el fracaso definitivo del hombre. Es el tránsito a la resurrección. Ya no es temible aunque siga siendo triste desde nuestra vivencia. Se la puede llamar *hermana muerte*. Ya no imaginamos el esqueleto con la guadaña; ante nosotros, la imagen de María (La Piedad) que tiene en su regazo el cadáver del Hijo como acunándolo para siempre. *Hermana Muerte*: momento de la entrega definitiva y libérrima, más allá de las presiones y ataduras; momento de vuelta a la Casa Paterna y de encuentro con Jesucristo y con los santos que nos precedieron.

La fe es el *quitamiedos* del camino, la ventana hacia el Futuro que ya está presente. Si es preciso desvivirse, dejar el bienestar o la salud, entregar la vida en rescate por otros... ¡Vale la pena! ¡Qué libertad la de creer!

Un abrazo.

Querido amigo:

Hay una frase en la Carta de Santiago (Sant 2,19) que nos ayudará a dar otro paso en la comprensión de la fe: *Los demonios también creen, y sin embargo, tiemblan*. Ciertamente, los demonios **saben** de la existencia de Dios, pero, ¿es eso fe en sentido propio? ¿Consiste la fe en un saber acerca de Dios? Los demonios saben, pero ese conocimiento **no les afecta**; es un conocimiento frío, muerto, congelado; los deja indiferentes. *Afectar* es una palabra muy humana, exclusivamente humana: me afecta lo que toca mis afectos, lo que me altera íntimamente, lo que produce un cambio en mi conducta y relaciones. Los afectos son afecciones, y casi la misma palabra es *afición* ("inclinación, amor a alguien o a algo", DRAE). Pensad en un hinchado del Madrid o del Barcelona: su *afición* los lleva a sentirse *afectados* por el "partido del siglo". Se alegran o entristecen por la victoria o derrota de su equipo, viajan, gritan... Quien no es aficionado ni se entera de que esa noche hay partido.

La fe es **la afición** por excelencia. La afección que altera más profundamente el corazón humano, hasta el punto de reorganizar todos los restantes afectos, proyectos e ilusiones. No se puede creer sin amar, pues la fe real y verdadera es cálida, ardiente, ferviente. Un gran teólogo tituló un pequeño libro así: *Sólo el amor es digno de fe*. ¡Y es verdad! Sólo se puede creer en el Amor, o sea, en Dios que es Amor. No se cree en una verdad abstracta, sino en una Persona que es la Verdad. Por eso, no basta conocer y saber, y, por eso, los sencillos, los limpios de corazón, los humildes de la tierra llevan delantera a los sabios. Gracias a Dios.

Un abrazo.

Querido amigo:

Uno se va haciendo escéptico en la medida en que la vida lo va defraudando, lo va desengañando y haciéndole ver que los amores que le ofrecieron eran falsos o inconsistentes. La ingenuidad se mantiene mientras se percibe el amor; cuando un amor se muestra vacío, se pierde la ingenuidad y ya no hay razones que convenzan. En el capítulo 18 de San Mateo, el Señor amenaza con gran dureza a quienes escandalizan a los pequeños, o sea, a quienes quitan a los inocentes la fe en el amor. Para transmitir la fe, primero es amar, luego vienen las razones. Quien no ama escandaliza hasta ese punto de hacer casi imposible la fe de los sencillos.

¿No has observado que cuando alguien sufre una desgracia inesperada, o una injusticia fuerte, se produce una rebeldía contra Dios y aparece la tentación de cerrarse a la fe? El desdichado, que había confiado siempre en Dios, se pregunta: ¿es que Dios me ha abandonado? ¿No me había prometido su amor paterno? Y se lo pregunta con dolor hondísimo, con resentimiento. ¿Se puede creer y sufrir al mismo tiempo? Sí, pero únicamente en el caso de que el sufrimiento no haga perder la ingenuidad de ser amado, la inocencia de la infancia protegida. Entonces, la fe hasta crece, se hace más fuerte y honda. Se cree en el Amor, en Dios crucificado y hundido también en el sufrimiento por puro amor. Dice San Pablo que la cruz es escandalosa, pero se trata de un escándalo para quienes no han sufrido paciente y amorosamente. Quienes han sufrido de verdad comprenden la cruz y, entonces, todos los escándalos se difuminan, desaparecen. Es una fe inquebrantable, una verdadera y auténtica fe: es dar crédito al Amor.

Un abrazo.

Querido amigo:

Te recordaba la frase de Santiago: *Los demonios también creen y tiemblan*. Y comentaba que la fe no es un *conocimiento* gélido sino un *reconocimiento* fervoroso, ardiente. Fervor se deriva de hervor: la fe hace "hervir" la sangre, el alma. Hace nacer el grito de alabanza, la confesión apasionada. La fe es hirviente, ferviente, fervorosa. Es conocido el dicho popular *le falta un hervor* para expresar una falta de desarrollo, de madurez, de normalidad, de deficiencia para emprender una tarea o ejercer un oficio... Pues a nuestra fe, en muchas ocasiones, *le falta un hervor*. El libro del Apocalipsis dice a la Iglesia de Laodicea: "*Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca*" (Ap 3,15-16). Le faltaba ese hervor y eso la alejaba de Dios.

¿Cómo conoce Dios esa falta de fervor? En las obras. *Obras son amores y no buenas razones*. La fe se manifiesta en la conducta. Si es una fe ferviente, la conducta será no solamente buena, sino caritativa hasta la heroicidad. El fervor se manifiesta en la generosidad con los bienes, en el servicio gratuito y sin esperar nada, en la capacidad de perdón incondicional, en la oración permanente, en la participación activa en la vida de la Iglesia, en el interés por el bien público. No se trata de sumar las obras a la fe. No son un añadido voluntarista ("*hay que hacer esto o aquello*"), sino de un desbordarse el líquido porque hierve y no puede contenerse en la olla.

¿Cómo anda tu fe? ¿Hierve o le falta un hervor? ¿Rebosa o está perezosamente enclaustrada en la vasija? Despierta.

Un abrazo.

Querido amigo:

Has oído decir muchas veces que fulano no es creyente pero ama más que muchos creyentes. En casos concretos hay que reconocer que esto es verdad. El Espíritu Santo actúa más allá de los límites institucionales de la fe, precisamente porque la fe está aún abierta a la misión, aún no ha fraguado. De todos modos, habrá que ver a largo plazo si ese amor se sostiene, sobre todo en los momentos críticos y en situaciones de enemistad. Sea como fuere, es preciso afirmar que, de por sí, el amor tiene como entramado interior la fe y que sin esta se degrada a sentimiento, a "bondad" interesada que busca el ser querido o que odia el ser rechazado. Dios conoce la intimidad de cada uno y ahí nada podemos afirmar con seguridad, pero la naturaleza de las cosas conlleva contemplar la fe como dimensión del amor.

El amor es siempre un crédito que se otorga a alguien. Amamos porque creemos en ese alguien, en su bondad y dignidad. Y hemos de creer, ya que el amor nunca es evidente ni demostrable. ¿Quién está seguro de que alguien, por muy cercano y querido, no va a fallar en su bondad y a dejarse arrebatar la dignidad? Pero hay algo más importante: somos amados "a crédito": quienes nos quieren de verdad, nos otorgan el crédito de su amor, nos hacen la gracia de creer en nosotros.

Si lo proyectamos a Dios, aún es más claro. Para amarlo hay que confiar en su amor gratuito, en su misericordia. Hay que darle crédito, hay que creerlo. Quien ama no pide pruebas, confía en el amado. Eso es la fe: el crédito que nosotros otorgamos a Dios, la confianza que nos permite sentirnos amados y devolver el amor.

Un abrazo.

Querido amigo:

Me gustaría seguir con el tema de la carta anterior: fe como crédito. En la crisis económica, todos hemos comprendido lo que significa el crédito. Alguien tiene dinero y nos hace un préstamo que nos permite gastar hoy lo que vamos a ganar mañana. Los bancos se aseguran la devolución del dinero hipotecando bienes; su crédito no es verdadero crédito o fe en la persona. En el amor, como decíamos, es distinto. No hay hipoteca; de ahí la indefensión del amor, que, en el fondo, es pura confianza, puro crédito.

El amor engrandece a quien es amado, precisamente porque lo ve como será y no como es actualmente. El amor *acredita*, hace más grande. Quien es acreditado por el amor de Dios ha de responder acreditando a Dios, o sea, dándole crédito. ¿Qué significa? En primer lugar, confiarse totalmente a Él: *me fío de ti, me pongo en tus manos*. Esta fe permite superar la oscuridad del silencio de Dios: *no te pido milagros ni comprobaciones; me fío y basta*. En segundo lugar, significa un cambio fundamental en quien cree: una actitud radical de confianza en la vida, en los otros, penetra el corazón y saca a ese sujeto del miedo, de la desconfianza. Con nuestro crédito, con nuestra fe, no engrandecemos a Dios, no le damos nada, sino que nos acrecemos nosotros al entablar esa relación personal con Él.

En Jesucristo, Dios se rebaja como un pobrecito; viene a mi banco (¡el telonio de Mateo!) y solicita de mí un crédito. Yo puedo concederle mi confianza o puedo *des-acreditarlo*, negarle la fe. Santificar el Nombre de Dios es creer, confiar, darle crédito.

Un abrazo.

Querido amigo:

¿Se puede seguir creyendo cuando el mal nos cerca y nos destruye, en medio de un intenso sufrimiento y oscuridad? ¿Se puede seguir creyendo cuando Dios "se ausenta" y "se calla" a pesar de nuestros gritos desde la noche tenebrosa? ¿No nos hemos visto, en alguna triste ocasión, retratados en aquellos versos de Manuel Alcántara: "No digo que sí ni que no; digo que, si Dios existe, me debe una explicación"? ¿Se puede seguir creyendo cuando un accidente estúpido, o una catástrofe natural se llevan vidas inocentes, seres queridos, y dejan un rastro imborrable de miseria y de muerte?

Lo primero que nos enseña Jesús con relación al mal, es que no se trata de una bagatela, de una falta de formación, o de una enfermedad psíquica, o de una transitoria incapacidad de la ciencia para resolverlo. Jesús se enfrentó al demonio en una lucha a muerte, le hizo salir de su simulada ausencia y dar la cara con toda la maldad. Una lucha encarnizada, trágica, que lo llevó a la cruz. No minimicemos el sufrimiento mientras somos felices, porque, cuando llegue, nos escandalizará y nos nublará el corazón. Pero Jesús no se dejó hundir ante la visión del Mal: se convirtió en Buena Noticia, anunció el gozo ante el triunfo del Bien, invitó a la alegría, a la confianza en Dios. En la Pasión sufrió el mal con la máxima intensidad: humillación, tortura y fracaso.

Sí, se puede seguir creyendo incluso en esos momentos. Basta mirar a la Cruz y pensar: Él sufre conmigo. No "puede" destruir todavía el mal porque nos destruiría a nosotros, "pegados" a ese mal. Lo sufre y nos dice: *Haz tú lo mismo, padece con los que padecen*. Entonces creerás.

Un abrazo.

Querido amigo:

Te he hablado en cartas anteriores de la necesidad de acoger en el interior de la fe el credo de la Iglesia, lo que la Iglesia cree, pues en el interior de su comunión **creemos a** Jesucristo. Creemos **en** Iglesia, en la comunión promovida por el Espíritu Santo.

Pero hay algo más, algo que resulta más problemático, sobre todo si no se entiende bien. Creemos **en** Iglesia, pero ¿creemos **en la** Iglesia? ¿Es la Iglesia objeto de fe? Es claro que el objeto y finalidad de la fe es exclusivamente el único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Iglesia, directamente, no puede ser objeto de fe. ¿Por qué, entonces, decimos en el Credo, tras confesar al Espíritu Santo, "creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica"?

Esa confesión no es otra cosa que la certeza de la actuación del Espíritu Santo en el cual creemos. Venimos a decir algo así: *creo en el Espíritu Santo que actúa en la Iglesia y por medio de ella*. No creemos en la Iglesia directamente, pero creer en la Trinidad Santa, tras la Encarnación y la Pascua del Señor, supone afirmar su Obra. ¿Cómo, si no, podríamos dar fe a la promesa del Señor: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo?* Creo, pues, **en la** Iglesia como acción de la Santísima Trinidad, o sea, al creer en Dios que es el único objeto de la fe. La resurrección del Señor es real, ha sido eficaz, ha reunido a los creyentes y los ha incorporado a ese Cuerpo glorioso. Mi confianza de creyente no va dirigida a la Iglesia sino a Dios; por Él y sólo por Él escucho con veneración a la Iglesia y en ella me siento ya en la Casa del Padre.

Un abrazo.

Querido amigo:

Hoy quiero ir más allá del tema de la fe ante el mal y el sufrimiento. Deseo situarla ante el hecho de la muerte, de la propia muerte, de mi muerte. Estos días pasados he releído unos cuentos policíacos de un conocido autor manchego. No capté la profunda desesperanza latente la primera vez que los leí, hace bastantes años; me lo impedía el humor inteligente del escritor y la regalada vida de los protagonistas. Ahora me ha impresionado la nostalgia desesperanzada, la continua presencia de muertos, de cementerios, de velatorios, de discursos filosóficos de campesinos epicúreos que cantan la vacuidad de la vida. Y he pensado en la fe.

De nuevo me pregunto: ¿es la fe un cuento para consolar nuestra infancia desvalida que nunca termina? No, por supuesto. La fe es fe en el Amor personal que es Dios, fe en el Amor que sana, que recrea, que no termina nunca: ... *Porque el Amor es fuerte como la Muerte... Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor, ni los ríos anegarlo (CC 8,16-17).*

Si creer en la Vida más allá de la vida es un cuento para menores asustados, creer en al Amor con mayúscula, el que trasciende los accidentes de la vida porque viene de Dios, será también una ilusión infantil: *fueron felices y comieron perdices... ¡y se lo creyeron!*, habría que añadir. La fe se plenifica en la confrontación con la propia muerte; miramos a Dios y percibimos que, al menos desde Él, es real la frase de G. Marcel: *Amar a alguien es decirle "tú no morirás"*. Seguiré.

Un abrazo.

Querido amigo:

Te hablaba de una lectura que me hacía pensar en la tristeza profunda que late en el no creyente cuando ve que se le escapa la vida: *¡cómo vuela el tiempo, cómo pasa todo!*

La fe es tan real que elimina los fantasmas (apariciones, zombis, espectros...), sana los terrores ancestrales. Un terror que, a veces, recurre al silencio: *¡de la muerte no se habla!, ¡que los niños no sepan!* O se reviste de burla: se trata de exorcizar su presencia mediante el humor; pero cierta clase de humor consiste en reír para no llorar.

La fe, lejos de erradicarnos de la realidad, nos ayuda a afrontarla. Lo he visto, sobre todo, en madres que han perdido trágicamente a hijos. Nunca lo superan, nunca lo olvidan, pero, hay una gran diferencia: cuando son de verdad creyentes, a pesar de su sufrimiento, no huyen, no se encierran en su dolor, siguen amando a los suyos que quedan. Esta madre creyente no se **ausenta**, sigue presente, aunque con su herida.

El cristiano (Francisco) se atreve a llamarla "hermana muerte" amorosamente. No la vemos como el esqueleto envuelto en sudario y con la guadaña, no tiene el rostro de las caretas de Halloween. El rostro de la muerte en cristiano es el Señor triunfante y sonriente con la bandera victoriosa de la Cruz. Por eso, nuestra fe nos hace anhelar el momento del encuentro con Dios, la victoria definitiva. Soñamos descansar en sus brazos tras la dura jornada de la vida, y poder decirle: humilde y amorosamente: *he llegado con tu ayuda al final de mi misión, perdona mis miserias, en tus manos pongo mi espíritu.* Que así sea.

Un abrazo.

INDICE

Carta Inicial	0
Carta 1ª - “La Fe Y El Síndrome De Diógenes”	1
Carta 2ª - “¿Empequeñece La Fe A Quien La Posee?”	2
Carta 3ª - “Creer Es Obedecer”	3
Carta 4ª - “Una Fe Herida Y Debilitada”	4
Carta 5ª - “La Fe Es Un Milagro”	5
Carta 6ª - “Creer Es Ver”	6
Carta 7ª - “Ver El Rostro De Dios”	7
Carta 8ª - “La Fe Es Un Camino”	8
Carta 9ª - “Un Camino En Compañía”	9
Carta 10ª - “Creer No Es Opinar”	10
Carta 11ª - “Creer Las Verdades De La Fe”	11
Carta 12ª - “Confesarlas En Y Desde La Iglesia”	12
Carta 13ª - “Palabras De Amor”	13
Carta 14ª - “Fe En Jesucristo”	14
Carta 15ª - “Espíritu Santo Y Fe”	15
Carta 16ª - “La Oración, Acto De Fe”	16
Carta 17ª - “La Fe Es Un Éxodo”	17
Carta 18ª - “¿Fe Solamente Interior?”	18
Carta 19ª - “Fe Y Obras De Amor”	19
Carta 20ª - “Fe Y Testimonio”	20
Carta 21ª - “Fe Y Cruz”	21
Carta 22ª - “De Nuevo, Creer Y Ver”	22
Carta 23ª - “Creer Y Verse”	23
Carta 24ª - “Creer Y Morirse”	24
Carta 25ª - “La Alegría De Creer”	25
Carta 26ª - “El Contenido De La Fe”	26
Carta 27ª - “Fe Y Esperanza I”	27
Carta 28ª - “Fe Y Esperanza I I”	28
Carta 29ª - “Fe Y Esperanza I I I”	29
Carta 30ª - “Solo El Amor Es Digno De Fe”	30
Carta 31ª - “Solo El Amor Es Digno De Fe, I I”	31
Carta 32ª - “Solo El Amor Es Digno De Fe, I I I”	32
Carta 33ª - “Sin Fe No Hay Amor”	33
Carta 34ª - “Crisis De Crédito”	34
Carta 35ª - “Creer, En Momentos De Gran Sufrimiento”	35
Carta 36ª - “Creer En La Iglesia”	36
Carta 37ª - “La Fe Ante La Muerte”	37
Carta 38ª - “La Fe Ante La Muerte, I I”	38